

**CUENTA
CINCO**

CUENTA CUENTA CUENTA CUENTA CINCO

**Antología de relatos de estudiantes de la
Facultad de Comunicación,
Universidad de Navarra**

**Beatriz Gómez Baceiredo
José Antonio Pérez Aguirre
Lucía Gastón Lorente
Antonio Martínez Illán
(Eds.)**



editorial graviola

Índice

<i>REALTOS ATENTOS</i>	7
Nina Álvarez	12
<i>KAFKA Y MANITOU</i>	13
Sarah Navarrete	17
<i>CUMULONIMBOS</i>	18
Juan Diego Izquierdo	24
<i>ROJO AZULADO</i>	25
Miriam Huárriz	28
<i>CUANDO TOCA LIMA</i>	29
Sophia de Benedetto Raffelsieper	38
<i>ISMAEL DOUBOIS Y LA LOMBRIZ GUSANO</i>	39
Leonel Vermejo Valle	44
<i>CUIDAR DE ALGO, VIVIR POR ALGUIEN</i>	45
Manuela Menéndez	48
<i>GUACHUPINES</i>	49
Cristóbal Nieto Fernández	57
<i>EL CASTOR</i>	58
Esteban Garay Huarcaya	65
<i>LA CAÍDA DE SOROLLA</i>	66
Alejandra Arredondo Cárdenas	74
<i>MAMASITA</i>	75
Claudia Egaña Ros	81
<i>COSAS DE MUJERES</i>	82

María Lucía Gómez	85
<i>UN AMOR DE POEMARIO</i>	86
Wendy Amor Dávila	90
<i>CONSECUENCIAS DE LA INFECCIÓN</i>	91
Fátima Villalobos Quelopana	110
<i>LAS COSAS POR SU NOMBRE</i>	111
Xavier Unxue Gros	115
<i>UNA FOTO DE FONDO</i>	116
Mariana Santivañez	120
<i>MENOS MIL DE AURA</i>	121
Viola Lumina	123
<i>CENIZAS</i>	124
María Domingo Hernández	128
<i>IDÓNEO</i>	129
Paula Brand Ludovic	133
<i>NEROLI Y JAZMÍN</i>	134
Paula Rodríguez Mora	139
<i>EL SILENCIO QUE DEJAN LAS CUCARACHAS</i>	140
ILUSTRADORAS	149

REALTOS ATENTOS

A menudo, cuando se intenta teclear *relato*, aparece en la pantalla el *realto* (con un subrayado ondulado, fino y rojo), esa torpeza sin relación con la estatura del escritor nos recuerda cómo nos entregamos al teclado, pero también nos puede hacer pensar en cómo se nos cuela entre los dedos un género que parece tan manejable. (Ojo, si se intenta con *cuento* o *Cuenta*, es fácil caer en el *cuneto* o en la *Cuneta*).

¿Quién no tiene algo que contar? Parece fácil... Quizá algunos quieren ser escritores y aún no han descubierto que no es lo mismo decidir ser escritor que escribir, de pronto la identidad implica una acción, aunque sea escribir piezas breves. ¡Hay tantos anhelos que no responden a la realidad! En *Cuenta Cinco* se presentan ante ustedes veinte autores reales que ya pasaron por el trabajo que significa controlar lo que se cuenta, elegir, ordenar, jerarquizar, dar un sentido a las cosas; y que, a pesar de eso, o precisamente por eso, se presentan tan insatisfechos con su texto como felices con la publicación (quien escribe sabe que nunca se cierra un texto hasta que la edición impide otra reescritura). Algunos vuelven a publicar en *Cuenta*, pero la novedad y la veteranía coinciden en el gesto: imaginenselos ante las galeradas, o ante el libro recién impreso, abierto por el relato propio; sonríen como pescadores con su captura coleando (sin importar

el tamaño de la pieza) y hasta liberados, porque, medio en serio medio en broma, ya están cediendo su responsabilidad a otros, para empezar, a los más cercanos, a los editores.

En *Cuenta*, los editores creemos que pensar narrativamente, construir relatos por cuenta propia, tiene un valor cada vez más extraordinario y recordamos aquella confesión de Bioy Casares: “Aprendí a pensar en cuentos, y si bien no estoy satisfecho con mis dotes, puedo decir que eso me llevó también a dominar mi capacidad de atención y mantenerla”. Así pensamos en la bondad de este libro y, como los autores, también pensamos en los lectores y en quienes contemplan. Por eso contamos con las ilustraciones de Lucía, Adele, Sofía y Cristóbal, que nos animan a que mantengamos la mirada atenta.

Ahora les toca a ustedes. Sean tan revolucionarios como tradicionales y den otro sentido a los relatos, jerarquicen a su antojo, renueven el orden de las cosas. Cada vez quedan menos pruebas de la existencia de los lectores. Siempre queda la opción de entrar por la puerta grande y acudir a la Biblioteca Nacional de España y solicitar el acceso a alguna de las salas con algún tipo de control. Entonces, ¡oh maravilla!, les explicarán cómo obtener el carné de lector, les entregarán una pegatina que se coloca uno mismo en un lugar visible y que otorga ese título: “lector”. Dígase despacio: lector. Al margen de reconocimientos formales, en el caso de *Cuenta Cinco*, nuestra esperanza está puesta en los escritores y en los lectores, en cada paso de ese viaje de ida y vuelta entre unos y otros, porque nuestros escritores leen y entre nuestros lectores se abren paso vocaciones de escritura. Hoy estoy aquí,

leyendo, y mañana estaré ahí, leído, habré publicado un *realto*, perdón, relato. Y, entre lecturas y escrituras, nos pondremos en disposición de dominar nuestra capacidad de atención y de mantenerla.

*Beatriz Gómez, Lucía Gastón,
Antonio Martínez y José Antonio Pérez.*
Pamplona, 1 de julio de 2025

**CUENTA
CINCO**



NINA ÁLVAREZ

(Tegucigalpa, Honduras, 2001)

Graduada en Comunicación Audiovisual. Aficionada a la cocina, a correr como ejercicio y a compartir música, sobre todo boleros con su abuelo. Dice de la escritura que le llaman especial atención los estereotipos y las buenas descripciones. Sus textos giran alrededor del despertar a la adultez a través del amor y la rutina adolescente.

KAFKA Y MANITOU

Meses después, cuando él le envíe una canción, ella va a responder con un “¿la has escrito tú?” entre coqueto e irónico. Y él, que estará tan seguro de que se la ha enviado porque le gustaba el ritmo, porque le pareció bonita, porque le podría gustar, va a dudar, y va a pensar si se la envió realmente por eso, para que *los* reconociera en la letra. ¿Por qué no piensa un poco antes de actuar? ¿Por qué se le tuvo que declarar borracho en las bancas afuera de aquella discoteca barata? ¿Por qué no lo pudo hacer en su casa? En la de ella, rodeado de las copias de segunda mano de las obras menos conocidas de autores conocidos y restos de tabaco “orgánico” de liar. Pudo haber sido en una de esas quedadas para revisar sus guiones o corregir sus ensayos los miércoles por la tarde mientras bebían vino, cuando a ninguno le importaba llegar tarde y de resaca a la clase del día siguiente.

Y ahora, que él se mudó de ciudad para no verla y ella de país, aunque no precisamente para no verlo a él, le toca aguantarse que todo lo que se le ocurra escribir sea sobre ella. Y no se olvida de nada.

Y ella, un poco bebida, halagada y cruel, parecía extrañada de tener esa conversación al lado de los contenedores de basura, y respondió con un gracias, pero no. Con un beso en el cachete. Con un te quiero, pero como amigos. Con una caricia de pena. Y él lloró, como

hombre —hasta arriba de ron— y sufrió cuando la vio salir de la facultad, y escribió cartas que aún hoy guarda en su mesa de noche y jura quemar cuando tenga el tiempo (y el coraje).

¿La va a superar? Se va a mudar de ciudad y se va a olvidar, más o menos, de ella.

Pero le va a enviar, meses después, una canción que suena como otra que escuchaban juntos, pensando que le iba a gustar por el ritmo. Y ella va a reírse y a comentar cómo la letra —de un pobre diablo al que tampoco le hicieron caso, al que también lo querían pero no y al que no le dieron ni un beso en el cachete ni una caricia de pena—, se parece tanto a la historia *suya*. Se parece tanto a *su* rechazo, y a *su* llanto, y a *su* dolor. Tanto tanto, que hasta se la quiso enviar.

Tuvo que aprender que a esa chica ni las gracias, ni el perdón, ni la hora, porque se reía y le tomaba el pelo. Y seguía coqueteando con él, aun sabiendo (ambos) que nunca había pasado ni iba a pasar nada entre ellos. No quería darle el privilegio de ser su *forever crush*, su chica de humo, su lamento boliviano.

Pero ella, que es más lista que nadie, sabe qué decirle para que se le haga imposible olvidarla: su risa, su olor a *mangopiñafresakiwi* y su estilo Y2k *bohemian chic*. Y sabe cómo contestarle a una canción para que parezca que él estaba ligando de nuevo, para que lo parezca tanto que hasta él mismo se cuestione si era eso lo que estaba haciendo.

La verdad es que sí que estaba fuera de su liga y él lo sabía. Por momentos se le olvidaba, pero lo sabía. No podía evitar pensar que la brecha que los separaba se

ampliaría. Se iba a separar tanto que al final no hablarían más, no se seguirían en las redes —ni en las actuales, ni en las futuras— y serían solo un contacto en el teléfono antiguo de ambos, una foto de perfil en el grupo de reunión de clase.

Hasta que, años después, se encuentren en un supermercado o en un centro comercial. Ella no tendrá hijos aún, pero sí un anillo en el anular izquierdo. Y él tendrá tres chicos y unos kilos de más. Ella estará más guapa que nunca y él tendrá una mujer estupenda que hace la lista de la compra, lo llama al salir de la oficina y que no es *ella*. Y se saludarán como si nada, como si él nunca le hubiera escupido esas palabras con rastros de *cubalibre* y como si ella nunca le hubiera dicho que sí con todo menos con las palabras. Y se darán un abrazo, y hasta un beso simpaticón en el cachete, un beso amistoso, un beso de colegas, y se preguntarán por el trabajo, por sus madres y sus parejas. “Anda, ¿es arquitecto? ¡Qué bien!”. “No, no, ella es abogada, pero ahora trabaja desde casa por los chicos, por la casa, nos cuida a todos. Es la mejor”. Y ella sonreirá, le acariciará el brazo y le dirá que se alegra, que le encanta ver que todo va bien, y él se morderá la lengua y asentirá, aunque por dentro se esté muriendo, porque sabe perfectamente que lo dice de verdad.



Escucha esta...



Sarah Navarrete

(Cali, Colombia, 2006)

Estudiante de primer año de Comunicación Audiovisual en la Universidad de Navarra. Graduada del Colegio Hispanoamericano de Cali, donde publicó un cuento corto en el periódico escolar y recientemente ganó un concurso de escritura de microrrelatos. Esta es su primera publicación en un libro.

CUMULONIMBOS

Se plantó en medio de la sala, gris y densa. Su agua condensada tapaba la lámpara, por lo que la habitación se oscureció. Solo unos rayos opacos lograban pasar a través de las moléculas de hidrógeno y oxígeno. Pero Dalia no se percató por la falta de luz ni por su imagen clara en el techo, sino porque sintió la humedad en sus medias cuando pasó caminando. El suelo estaba mojado con gotitas. Al principio, pensó que había sido el tonto de su hermano, que siempre estaba haciendo desastres. Pero apenas alzó su mirada, la vio, grande y voluptuosa, en el techo.

Tomás apareció segundos después, rascándose el cabello despeinado. Había despertado de una de sus largas siestas. Observó la nube en el techo y parpadeó.

—A mamá no le va a gustar la lluvia —dijo mientras bostezaba y señaló las gotas de agua en el suelo.

Cuando su madre la vio por primera vez, regresaba del trabajo. Había pasado antes por algunas compras para la semana. Llegó echando reclamos y acomodando las bolsas en la cocina. Desde ahí vio a sus hijos sentados en el sofá, inútiles, mientras ella organizaba las compras.

—Ustedes dos me van a escuchar bien... —dijo con las venas de la frente marcadas y los brazos cruzados.

Observó la nube y frunció el ceño. Era grumosa y traslúcida, como la mancha de un vidrio cuando se empaña.

Moduló un “¿qué carajo?”. Se paró en la mesita de café y alzó la mano para tocarla. Su mano la atravesó como a un fantasma. Observó su palma húmeda y luego vio el desastre en el suelo. Soltó un suspiro pesado, apretando los labios.

—Lo que faltaba, arreglen la compra mientras yo limpio esta mierda. Los veo, párense.

Antes de que terminara de hablar, sus hijos ya colocaban las compras en la nevera con ojos nerviosos.

Cuando su padre la vio, realmente no la vio. Dalia, Tomás y su madre cenaban en el comedor y él llegaba del trabajo. Sacó una cerveza de la nevera y, caminando hacia el comedor, la observó posada en el techo. Tragó pesado y siguió caminando. Su esposa soltó los cubiertos, indignada por su indiferencia.

—Sácame esa pendejada de mi casa, Héctor. No voy a estar como una imbécil todo el día limpiando agua del piso.

—Yo no veo de qué hablas.

Se terminó su cerveza de un trago y se sentó en la mesa. Empezó a comer ignorando la mirada fulminante de su esposa.

Con el pasar de los días empezó a agarrar color y tamaño. La que al principio era una nube gris claro, del tamaño de una mesita de café, se había vuelto oscura y aspiraba al tamaño de una mesa familiar. Las peleas maritales de Diana y Héctor tenían un nuevo motivo de discusión. Ahora, entre los gritos sobre tareas del hogar, cuentas, crianza y Felipe, se mencionaba a la nube. Héctor negaba su existencia y Diana no podía ignorarla. “Claro, como a vos no te toca estar todos los días limpiando el

cochino suelo de la sala”, le reclamaba moviendo las manos exageradamente, imitando la moción de limpiar.

Dalia y su hermano, sentados en el sofá, observaban la nube mientras compartían un bote de helado. Su madre había desconectado el televisor por temor de que lloviera y generara un cortocircuito. Se reían recordando a su hermano mayor.

—Pipe se la habría comido —dijo Dalia, y Tomás se rio.

—Habría encontrado la manera de fumársela —añadió Tomás.

Los dos soltaron carcajadas.

Su madre entró con una de sus amigas a la casa. Caminaron hasta el fondo del pasillo, entraron a la habitación de Felipe y salieron unos minutos después. La mujer llevaba una caja llena de ropa en las manos y su madre la acompañaba a la puerta. Pararon un momento en la sala y la mujer los saludó. Los chicos respondieron con la cortesía que imponían los ojos penetrantes de su madre. La mujer notó el charco en medio de la sala y la mesita de café mojada. Hizo una mueca, juzgona, poco sutil. Su madre lo notó y suspiró tensa.

—Dalia, Tomás, limpien ese reguero de una vez, me hacen el favor.

Los niños no vacilaron en ir a buscar con qué limpiar el agua.

—Con estos muchachos es así, siempre hay que estar recordándoles que tienen que ayudar en la casa o no hacen nada, el mío es igual —comentó la mujer mientras se dirigía a la puerta. Diana se limitó a asentir—. En fin, muchas gracias por las camisetas. A mi Sebas seguro le

van a quedar, Pipesito tenía su misma contextura. Te me cuidas, Dianita.

Diana ni siquiera hizo el esfuerzo de fingir una sonrisa. Le cerró la puerta en la cara y puso los ojos en blanco, soltando las peores maldiciones sobre ella y toda su familia.

Las bromas sobre Felipe pararon. Escuchar el nombre de su hermano ponía de pésimo humor a su madre, que siempre se tornaba sensible después de regalar algunas cosas de su hijo mayor, que desde hacía tres meses se habían quedado huérfanas. Las pertenencias de Felipe acumulaban polvo en su habitación y su madre empezó a regalar todo al segundo mes. “No tiene caso acumularlas aquí, toman espacio y hay gente que sí les puede dar uso”.

Ese era otro tema frecuente en las peleas entre Diana y Héctor. Él no estaba de acuerdo con regalar las cosas de su hijo, mucho menos a “viejas chismosas y aprovechadas”. Cuando se trataba de Felipe, en lo único en lo que coincidían era en que a ninguno le gustaba escuchar su nombre.

Ese día su padre llegó del trabajo y lo primero que escuchó al entrar a su casa fue que su esposa le había regalado las camisetas de béisbol de Felipe a su “amiga” Carmela.

—¿Todas? ¡¿Las tiraste todas?! Y la que tenía su nombre, ¿también la botaste?

La camiseta favorita de Felipe era una de su equipo de béisbol, con el nombre “Pipe” escrito en la espalda. Era el regalo que le había dado su padre para el que fue su último cumpleaños.

—No empieces, Héctor, yo no soy la mala aquí.

La nube empezó a engordar de manera drástica. Dalia y Tomás se escondieron en la primera habitación del pasillo. Dejaron la puerta entreabierta para asomar los ojos y observar la tormenta que se avecinaba.

Diana sacó todos sus argumentos y con colmillos defendió la idea de que no tenía caso aferrarse a cosas materiales. Héctor, con garras, apeló a que ella era una insensible. Comenzó a llover. Lo que parecía ser una única nube enorme se veía ahora como un cúmulo de varias nubes. Empezaron a chocar unas con otras, generando truenos y rayos. El gris y el negro se peleaban en el aire hasta que un rayo de luz los cortó con filo. Los grumos de agua condensada gruñían como un animal con rabia. Sus padres, poco a poco, morfaron en bestias salvajes, que se mordían y rasguñaban la piel en medio de la lluvia. Se escucharon muchas palabras. “Cobarde”, “mala madre”, “irresponsable”, “desalmada”. El volumen de sus gritos era más elevado del normal para poder escucharse entre el sonido de los truenos. Las gotas de lluvia eran gordas y agresivas. El charco creció con velocidad. Se extendió rápidamente por la sala, entre las patas de los muebles y la alfombra.

Tomás observó el agua que, lentamente, se acercaba a los pies de sus padres, demasiado distraídos en destruirse el uno al otro. Se lo señaló a Dalia, que comprendió el peligro que representaba el charco sobre el que caían rayos asesinos. Los dos hermanos se miraron a los ojos. Fue un acuerdo tácito, había que salvar a sus padres. Salieron de la habitación. Temblaban tomados de las manos.

Llamaron a su madre, pero su voz apenas se escuchaba en el espacio saturado de gritos y estruendos. El volumen

del agua seguía creciendo. Gritaron más fuerte: “¡Papá!, ¡mamá!”. Se acercaron a ellos rodeando el charco, que crecía amenazante. Los adultos no se quitaban la mirada el uno del otro.

El charco les llegaba ya a los tobillos. Tras varios gritos inútiles, Tomás corrió hacia sus padres y, con todo su cuerpo, los empujó hacia la puerta. Diana y Héctor lo observaron estupefactos, la semilla de un posible regaño murió en el instante en que los pies mojados de ambos percibieron el peligro mortal. Empezaron a correr y los cuatro salieron a tropezones de la casa. Se tomaron de las manos, paralizados por el desconcierto y con los ojos fijos en cómo por las puertas y ventanas el torrente cristalino caía en el pasto seco del antejardín. En el barrio, los vecinos observaban intrigados por qué, a las cuatro de la tarde de ese sábado, bajo el cielo soleado, una familia de cuatro miraba su casa derramar agua.

CUENTA

Un proyecto antológico que anualmente presenta historias de jóvenes talentos universitarios. Así, Cuenta proyecta las inquietudes artísticas y personales de las nuevas generaciones de escritores.



Hecho en colaboración con profesores y estudiantes de la Facultad de Comunicación de la Universidad de Navarra.

Consíguelos en
editorialgraviola.com

**Otros títulos
del catálogo de
Editorial Graviola:**

- *Las vacas flacas* de Abraham Valera
- *Análogo al silencio* de Daniel Franco Sánchez
- *Patios interiores* de Laura Estrada
- *Las casas se caen en verano* de Florencia del Campo
- *Ismenia decide jamás decidir* de Claudio Castro Filho
- *Estación permanente* de José Antonio Funes

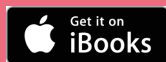
CUENTA

una antología de relatos

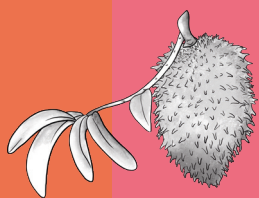


CINCO

También disponible en
E-book



amazon **kindle**



editorialgraviola.com